

unión, que los había enervado en manos de Dryden, los enervaba en manos de sus sucesores. El estilo literario debilitaba la verdad dramática; la verdad dramática dañaba al estilo literario; la obra no era bastante viva, ni estaba bastante bien escrita; el autor no era bastante poeta ni bastante orador: no tenía el fuego y la imaginación de Shakespeare ni el refinamiento y el arte de Racine (1). Erraba por los confines de ambos teatros, y no se adaptaba ni á artistas semibárbaros ni á gente cortesana de fina cultura. Tal es, en efecto, el público que le escucha, público indeciso entre dos formas de pensamiento, entre dos civilizaciones contrarias. Esos hombres no tienen ya la juventud de los sentidos, la profundidad de las impresiones, la originalidad atrevida y la locura poética de los caballeros y aventureros del Renacimiento; no tendrán nunca la destreza de expresión, la dulzura de costumbres, los hábitos cortesanos y las delicadezas de pensamiento ó sentimiento que adornaron la corte de Luis XIV. Abandonan la edad de la imaginación y de la invención solitaria, que conviene á su raza, por la edad de la razón y de la conversación social, que no conviene á su raza; pierden sus méritos propios, y no adquieren los méritos de sus vecinos. Son poetas entecos y cortesanos mal educados, que ni saben ya soñar, ni saben aún vivir, que tan pronto se muestran vulgares ó brutales como enfáticos ó rígidos.

Para que nazca una bella poesía, es menester que una raza encuentre su siglo propio. Esta, extraviada del suyo y entorpecida por la imitación extranjera, no forma sino lentamente su literatura clásica; no la alcanzará hasta después de haber transformado su es-

(1) Esa impotencia se parece á la de Casimiro Delavigne.

tado religioso y político: ese será el reinado de la razón inglesa. Dryden le inaugura con sus otras obras, y los escritores que aparezcan bajo la reina Ana, le darán su complemento, su autoridad y su brillo.

V

Pero detengámonos todavía un instante, y veamos si la antigua cepa teatral, entregada por azar á sí propia, no producirá, entre tantas ramas abortadas y torcidas, algún vástago vivo y sano. Cuando un hombre como Dryden, de tantas dotes, tan instruido y experto, trabaja con toda su alma, hay probabilidades de que triunfe algunas veces, y una vez, en parte al menos, triunfó Dryden. Sería tratarle con excesivo rigor juzgarle siempre en parangón con Shakespeare; aun al lado de Shakespeare, y con la misma materia, se puede hacer una bella obra; pero es preciso que los lectores olviden por un instante al gran inventor, al creador inagotable de almas vehementes y originales, y que consideren al imitador tan sólo, sin imponerle una comparación que le anonadaria.

Hay vigor y arte en la tragedia de Dryden, *Antonio y Cleopatra*.

—Todas mis otras obras—decía—las he hecho para la multitud: ésta la he hecho para mí mismo.

Y, en efecto, la había compuesto con sujeción á la historia á la lógica. Y lo que es más aún: la había escrito virilmente.

—La estructura de la obra—decía en su prólogo—es bastante regular, y las unidades de tiempo, de lugar y de acción se observan más exactamente de lo

que requiere quizá el teatro inglés. Tan una es, sobre todo, la acción, que es la única de su especie, sin episodio ni enredo subsidiario.

Hizo más: dejó los carriles franceses, volviendo á la tradición patria.

«En mi estilo he procurado imitar al divino Shakespeare, y, para hacerlo con mayor libertad, he prescindido de la rima. Me atrevo á decir que, imitándole, me he superado á mí mismo en esta obra, y que, entre otras, prefiero la escena entre Antonio y Ventidio, del primer acto, á todo lo que escrito en ese género.»

Tenía razón. Aunque su Cleopatra está mal entendida, aunque esa flaqueza de la concepción perjudica al interés y daña al conjunto, aunque la retórica nueva y el énfasis antiguo vienen á interrumpir á veces la emoción y á destruir la verosimilitud, en fin de cuentas, sin embargo, el drama se sostiene, y, lo que es más, marcha. El poeta es ducho, ha calculado bien, sabe patentizar el duelo interior en que dos pasiones se disputan el corazón del hombre.

Se adivinan en él las vicisitudes trágicas de la lucha, el progreso de un sentimiento, la derrota de las resistencias, el aflujo lento del deseo ó de la cólera, hasta el instante en que la voluntad erguida ó seducida se precipita de repente en una sola dirección. Hay frases naturales: el poeta escribe y piensa demasiado sanamente para no encontrarlas cuando las necesita. Hay caracteres viriles: él mismo es un hombre, y, bajo sus complacencias de cortesano y sus afectaciones de poeta del día, ha conservado el temple enérgico y duro. Salvo una escena de injurias, su Octavia es una matrona romana, y cuando va hasta Alejandría, hasta la mansión de Cleopatra, á buscar á Antonio, lo hace con una sencillez y una nobleza insuperables.

—¡La hermana de César!—dice Antonio al verla.

—Esa expresión es dura. Si yo no hubiese sido más que la hermana de César, hubiese permanecido en el campo de César. Pero vuestra Octavia, vuestra maltratada mujer, aunque alejada de vuestro lecho y arrojada de vuestra casa, aunque hermana de César, es vuestra aún. Tengo, sin duda, un alma que desdigna vuestras frialdades, que me manda no buscar lo que vos deberíais ofrecer. Pero la virtud de una esposa se sobrepone á ese orgullo. Vengo á reclamaros como mi bien, á demostraros mi fidelidad, y á pedir, á implorar vuestro afecto. Vuestra mano, señor; es mía, y la pido.

Y cuando Antonio, humillado, se subleva contra la gracia que debe á su mujer, y la dice que habrá solicitado su perdón misera y bajamente:

—¡Misera y bajamente!—exclama ella.—Ni yo hubiese podido hacer semejante petición, ni mi hermano otorgarla... ¡Triste suerte la mía, verme siempre tan mal juzgada! Pero las condiciones que os ofrezco son de tal naturaleza que no tendréis que sonrojaros de aceptarlas. Yo quiero vuestro honor, porque es el mío, No se dirá nunca que el marido de Octavia fué esclavo de otro hombre. Señor, estáis libre, libre hasta de la esposa que os inspira aversión. Porque, aunque mi hermano quiera comprarme vuestro cariño, aunque haga de mí la condición y el cimiento de vuestra paz, yo tengo un alma como la vuestra: yo no puedo admitir vuestro cariño como una limosna, ni mendigar lo que merezco. Diré á mi hermano que nos hemos reconciliado. El retirará sus tropas, y vos marcharéis á gobernar el Oriente. Podréis dejarme en Atenas, en cualquier parte; no me quejaré nunca. Yo no conservaré más que el estéril nombre de esposa, y vos quedaréis libre de toda molestia.

He ahí una cosa grande. Esa mujer tiene un corazón altivo, y también un corazón de esposa; sabe dar y sabe sufrir; y lo que es mejor: sabe sacrificarse sin énfasis y con un tono tranquilo. No es un alma vulgar la que ha concebido semejante alma. Y el viejo general Ventidio que, con ella y antes que ella, va á sacar á Antonio de su ilusión y de su esclavitud, es digno de hablar por el honor, como ella ha hablado por el deber. Sin duda, es un plebeyo, un soldado rudo y zumbón, que gasta la franqueza y las bromas de su oficio, al par que un alma de cántaro á quien podrá engañar un hábil eunuco; un «héroe de cascos duros», un hombre, en fin, sencillote y de tosca educación, que volverá á meter á Antonio, sin advertirlo, en la red que parecía rota. Entre tanto, ríe como un bendito, contándose las muy felices:

—Ahí tenéis noticias. Corre, oficioso eunuco; no dejes de llegar el primero. Deprisa, querido eunuco, deprisa. Adelante, querido medio hombre.

Y, cayendo en un lazo, dice á Antonio que ha visto á Cleopatra infiel con Dolabella:

—¿Mi Cleopatra?

—Vuestra Cleopatra. La Cleopatra de Dolabella. La Cleopatra de todo el mundo.

—Mientes.

—No miento, señor. ¿Tan extraña es la cosa? ¿Es que una amante abandonada no busca por otro lado? Bien sabéis que no está acostumbrada á las noches solitarias.

No se necesitaba más para excitar los celos de Antonio, y hacerle volver furioso al lado de Cleopatra. Pero ¡qué excelente corazón, y cómo se oye, cuando está á solas con Antonio, el acento varonil, la voz profunda que ha tronado en las batallas! Quiere á su ge-

neral como un perro fiel, y no desea más que morir, siempre que sea á los pies de su amo. Murmura sor-damente al verle abatido, anda dando vueltas en torno suyo y de pronto rompe á llorar:

—Mira, emperador, no es este un rocío ordinario. Hace cuarenta años que no lloro; pero ahora vuelve á mis ojos la flaqueza de mi madre.

—¡Por el cielo, está llorando!—dice Antonio.—¡Pobre viejo, está llorando, y corren las lágrimas por los surcos de sus mejillas!

Y, al verlo, el mismo Antonio llora. Oyendo esos terribles sollozos, se piensa en los veteranos de Tácito, que, al salir de las ciénagas de Germania, con el pecho lleno de cicatrices, con la cabeza encanecida y los miembros entumecidos por el servicio, besaban las manos á Druso, y hacían que les tocara las encías para ver los dientes que habían perdido y el estado de los restantes, incapaces ya de mascar los mendrugos que se les arrojaban. «¡Arriba, arriba! pasáis las horas en una triste indolencia, que llamáis falsamente filosofía. Doce legiones os esperan y ansían llamaros jefe. A fuerza de marchas penosas, á pesar del calor y del hambre, las he traído hasta el Nilo desde las fronteras de los parthos. Os animará ver sus caras tostadas por el sol, sus mejillas pintadas de cicatrices, sus manos mutiladas. Tened por seguro que venderán esos pobres miembros á un precio más crecido del que podrán pagar esos soldados tan galanos.»

Y cuando todo está perdido, cuando los egipcios han hecho traición, y sólo se trata ya de acabar bien: «Aún quedan (dice) tres legiones en la ciudad... Si deseáis morir, como yo ahora lo deseo, tenemos lo bastante para levantar alrededor de nosotros un montón de enemigos muertos, una buena pira para nues-

tros funerales. Elegid vuestra muerte. Yo he visto la muerte bajo tantas formas que me es indiferente la elección. La vida á mi edad es un harapo que apenas merece darse. Yo hubiese querido, sin embargo, que nos deshiciésemos de ella de mejor modo, como dos leones cogidos en las redes, que sacan las garras y hieren á los cazadores.»

Antonio le suplica que se vaya; Ventidio se niega. Antonio quiere morir á manos de él.

—¡No, por el cielo! no quiero; y no es por sobrevivir.

—Mátame primero, tú morirás después; sirve á tu amigo antes que á ti.

—Entonces dadme la mano. Nos volveremos á ver muy pronto. Abraza á Antonio, saca la espada, y se detiene:

«Yo no quisiese dar proporciones á una niñería; pero no puedo miraros y mataros; os ruego que volváis la cabeza.

—Sea, y hiere hondo.

—Hasta donde alcance mi espada. E incontinenti se mata él mismo.

He ahí las costumbres trágicas y estoicas de la monarquía militar, las grandes prodigalidades de asesinatos y de sacrificios con que los hombres de aquel mundo trastornado y deshecho mataban y acababan.

Ese Antonio, por quien tanto se hizo, mereció, por su parte, que se le quisiese: fué uno de los valientes bajo César, el primer soldado de vanguardia; la bondad, la generosidad palpitan en él hasta el fin; si es débil contra una mujer, es fuerte contra los hombres; tiene los músculos, el pecho, la cólera y los hervores de un combatiente; ese calor de la sangre, ese sentimiento demasiado vivo del honor es lo que causa su

pérdida; no sabe perdonarse su falta; no tiene esa elevación de genio que, cerniéndose por encima de las máximas ordinarias, emancipa al hombre de las vacilaciones, de los desalientos y de los remordimientos; no es más que soldado, y no puede olvidar que ha faltado á la consigna.

—¡Emperador!—(le dice Ventidio.)—¡Emperador! ¡No, ese es un nombre de victoria!

El soldado victorioso, ensangrentado por heridas que no siente, saluda con ese nombre á su general.

—¡Actium, actium, oh!

—Pensáis en eso demasiado.

—Aquí, aquí llevo el peso: una losa de plomo durante el día; y por la noche, durante mis breves adormecimientos febriles, la bruja que teje mis ensueños.

Por último, he aquí de nuevo armas y hombres, y una aurora de esperanza.

—¿Combatiremos?—dice Ventidio.

—Te lo garantizo, veterano. Otra vez, á la cabeza de esas viejas tropas que han derrotado á los parthos, vas á oirme gritar: ¡adelante!, ¡seguidme!

Se cree en la batalla, y le arrebató su ardor. No es un hombre así quien gobernará á los hombres; no domina la suerte al que no empieza por dominarse á sí propio; éste no ha nacido más que para contradecirse y destruirse, y para girar á merced de todas las pasiones. No bien cree fiel á Cleopatra, el honor, la reputación, el imperio, todo desaparece.

—¿Qué es esto, Ventidio?

He aquí una cosa que contrapesa todo lo demás. Porque ahora hemos hecho algo más que vencer á César. No sólo mi reina es inocente, sino que me ama. ¡Marcharme! ¿á dónde? ¡Abandonarla!, ¡abandonar lo más perfecto que existe! ¡Oh, dioses!, dad á vuestro

niño, dad á vuestro César este mundo como un sonajero para que juegue; dadle esa baratija de imperio. Se contenta con poco. ¡Yo no me contento con menos que con Cleopatra!

Tras el exceso vendrá el abatimiento; las almas de esa especie no se hallan templadas más que contra el temor; su valor no es más que el del león y el del toro; para conservar su entereza, necesitan del movimiento corporal, del peligro visible; las sostiene el temperamento; ante los grandes dolores morales, se abaten. Cuando Antonio se cree engañado, se abandona y no sabe ya más que morir.

—Que César se pasee solo por el mundo; yo estoy cansado de mi papel. Mi antorcha se ha consumido, y el mundo se me presenta como un negro desierto. Al acercarse la noche me tenderé y dejaré de andar vagando.

Tales palabras hacen pensar en los lúgubres desvarios de Otelo, de Macbeth y aun de Hamlet; por encima del montón de las frases ampulosas y de los personajes de cartón pintado, parece como si el poeta hubiese ido á tocar el antiguo drama para comunicarnos su estremecimiento.

Otro sintió en su época ese mismo estremecimiento, un joven, un pobre aventurero, que ahora estudiante, después actor, luego oficial, siempre desordenado y siempre pobre, vivió loca y tristemente entre excesos y miserias, al modo de los antiguos trágicos, con análoga inspiración, con análogos fervores, y que murió á los treinta y cuatro años, según unos, de una fiebre causada por la fatiga, y, según otros, de un prolongado ayuno, á cuyo término devoró demasiado aprisa un pedazo de pan dado por caridad. Al través de la envoltura pomposa de la retórica nueva, Tomás Ot-

way supo resucitar á veces las pasiones del otro siglo. Se ve que le perjudica su tiempo, que él mismo debilita la fuerza y la verdad de su emoción, que no da ya con la palabra propia y atrevida, que el estilo oratorio, las frases de autor, la declamación clásica, las antítesis bien dispuestas no cesan de zumbiar en torno suyo y de ahogar su voz con su runrún prolongado y monótono. No le faltó más que nacer cien años antes. En su *Huérfana*, en su *Venecia salvada*, reviven las negras imaginaciones de Webster, de Ford y de Shakespeare, su concepción lúgubre de la vida, sus atrocidades, sus matanzas, sus pinturas de las pasiones irresistibles que se enzarzan ciegamente como un rebaño de animales montaraces y trastornan el campo de batalla con sus aullidos y su tumulto, para no dejar tras de sí más que devastaciones y montones de cadáveres.

Como Shakespeare, lo que Otway saca á las tablas son los transportes y los favores humanos: un hermano que viola á la mujer de su hermano; un marido que perjura por su mujer; Polidoro, Chamont; Jaffier, almas violentas y débiles á quienes arrebatan las circunstancias y trastornan las tentaciones, en quienes el transporte ó el crimen, como veneno vertido en una vena, sube por grados, emponzoña todo el hombre, se propaga por contagio á los que él toca, y los retuerce y abate juntos en el delirio de las convulsiones. Como Shakespeare, supo sorprender esas palabras vivas y penetrantes que descubren el fondo del hombre, el extraño crugido de la máquina que se desbarata, la rigidez en la voluntad que extrema su tensión hasta romperse, la sencillez de los verdaderos sacrificios, las humildades de la pasión exasperada é importuna que implora hasta el fin, contra toda esperanza, su pasto

y su saciedad. Como Shakespeare, concibió verdaderas almas femeninas, una Monimia, y, sobre todo, una Belvidera que, á semejanza de Imógenes, se pierde como en un abismo en la adoración de un hombre, que no sabe más que amar, obedecer, llorar, sufrir, y que muere como una flor separada de su tallo, no bien se arrancan sus brazos del cuello que ceñían. Como Shakespeare, en fin, manejó, una vez por lo menos, la burla amarga, el áspero sentimiento de la humana bajeza, y en medio de su tragedia más dolorosa plantó una figura inmundada y grotesca, un viejo senador que descansa de su gravedad oficial haciendo por la noche en el aposento de su manceba el papel de criado y el de payaso. ¡Qué amargo es eso! ¡Cuánta verdad en esa pintura del hombre, impaciente por despojarse del traje de etiqueta! ¡Qué facilidad tiene el hombre para envilecerse cuando, libre de su papel, torna á sí mismo! ¡Cómo reaparecen en él el mono y el perro! El senador Antonio entra en casa de esa Aquilina, que le insulta; eso á él le divierte; las palabrotas, después de los respetos, son su descanso. Por su parte, habla con vocecita mimosa, maneja su falsete de pipitaña:

—Nacki, Nacki, Nacki; ya he venido, Nackita; las once dadas; hora de meterse en la cama, Nacki. ¿Nacki he dicho? Sí; Nacki, Aquilina, Lina, Quilina, Aquilina, Naquilina, Acki, Nacki, Nacki, reina Nacki, vamos, ven á la cama, guitoncilla, monina, morronga... ¡Yo soy senador!

—Bufón, querréis decir.

—Puede ser, corazoncito mío; lo uno no se opone á lo otro. ¡Ea, Nacki, á jugar!

Y empieza á hacer chiquilladas. Ella le rechaza; le llama idiota, bruto; le dice que no tiene de bueno más que el dinero. El senador ríe y canta:

—¡Ah! ¿No queréis sentaros? Corriente. Pues ahora soy un toro, el toro de los toros, todos los toros que queráis. Ahora me alzo así, inclino la frente así, y hago ¡borrum! ¡borrum! ¡Ah! ¿No quereis sentaros?

Y muge como un toro, persiguiéndola por la habitación. Al fin se sientan.

—Ahora vuelvo á ser senador y amante tuyo, Nackita mía. ¡Ah, sapo, sapo, sapo! escúpeme un poco á la cara, Nacki; escúpeme á la cara, anda, un poquitín, una chispita; escupid, escupid, escupid cuando os lo mandan; hazme el favor, escupe; escupe en seguida, al momento. ¿Por qué no quieres escupir? Entonces seré un perro.

—¡Un perro, señor!

—Sí, un perro; y te daré esta otra bolsa para que me dejes ser un perro y me trates como un perro un ratito.

En esto se mete debajo de la mesa y ladra.

—¡Ah! ¿mordéis? Bueno; recibireis puntapies.

—Anda; eso quiero yo. Puntapies, puntapies, ahora que estoy debajo de la mesa. Más puntapies. Más fuerte. Más fuerte aún. ¡Guau, guau! ¡Que te muerdo las pantorrillas! ¡Guau, guau! ¡Diablo! La moza da duro.

En efecto, y por remate, coge un látigo, le sacude y le planta á la puerta. Volverá, tenedlo por seguro; la noche ha sido buena para él; se rasca las costillas, pero se ha divertido. En resumidas cuentas, no es más que un arlequín sobre cuyos hombros ha echado el azar una toga de seda bordada, y que suelta bufonadas políticas á tanto por hora. Está más en carácter y en su centro cuando hace el polichinela, que cuando remeda al hombre de Estado.

Pero estos no son más que relámpagos; en todo lo

demás, Otway es de su tiempo: turbio y de color forzado; permanece sumido como los otros en la parda y velada atmósfera semifrancesa, semiinglesa, en que los brillantes esplendores importados de Francia palidecían ofuscados por la niebla insular. Es de su tiempo; escribe, como los demás, comedias fangosas, el *Soldado de fortuna*, el *Ateo*, la *Amistad á la moda*. Pinta caballeros brutalmente viciosos, bribones por principios, tan duros y tan corrompidos como los de Wycherley; un Beaugard que pregona y practica las máximas de Hobbes; un Sir Jolly Jumble, especie de Falstaff innoble, rufián, á quien las prostitutas llaman «papaito», y que no puede comer al lado de una mujer sin «decirla indecencias y trazar en la mesa con el dedo figuras obscenas»; un Sir Davy Dunce, animal asqueroso, «cuyo aliento es peor que el asafétida, que declara insana la ropa limpia, que come ajos á todas horas y masca tabaco»; un Polidoro que, enamorado de la pupila de su padre, trata de violarla en la primera escena; envidia á los animales que pueden satisfacerse y marcharse cada uno por su lado, y forma el propósito de imitarlos á la primera ocasión (1). No hay nadie, ni aun sus heroínas, á quien no envilezca. Realmente ese mundo da náuseas. Los autores creen salvar todas esas crudezas con correctas metáforas, con periodos poéticos rotundos, con un aparato de frases armoniosas y de expresiones nobles.

Se figuran igualar á Racine, porque remedan el estilo de Racine. No saben que, en ese estilo, la elegancia visible se adapta admirablemente al fondo; que, si es una obra maestra de arte, es también una pintura

(1) *Huérfana*: fin del acto I.

de las costumbres; que sólo las personas de mundo más refinadas y delicadas han podido hablarle y entenderle; que pinta una civilización como el de Shakespeare; que en él se expresan todas las pasiones y todos los matices de las pasiones, no en verdad selváticas é indómitas como en Shakespeare, sino atenuadas y afinadas por la vida de la corte; que ese es un espectáculo tan único como el otro; que la naturaleza perfectamente civilizada, es tan compleja y tan difícil de comprender como la naturaleza perfectamente intacta; que ellos, por su parte, se hallan tan lejos de la una como de la otra, y que, en suma, sus personajes se parecen á los de Racine tanto como el portero de M. de Beauvilliers, ó la cocinera de Mme. de Sévigné á M. de Beauvilliers y á Mme. de Sévigné (1).

VI

Dejemos, pues, este teatro en el olvido que ha merecido, y busquemos en otra parte, en los trabajos de gabinete, un empleo más feliz de un talento más completo.

Ese es el verdadero dominio de Dryden y de la razón clásica. Disertaciones en verso, epístolas, sátiras, traducciones é imitaciones: tal es el campo en que las facultades lógicas y el arte de escribir hallan su mejor empleo. Antes de descender á él y de observar

(1) Decía Burns que, por medio del razonamiento y de los libros, había llegado á figurarse en su aldea casi exactamente todo lo que había visto más tarde en los salones, todo, excepto una mujer de la alta sociedad.